

TOMAR A CRISTO COMO NUESTRA PERSONA Y VIVIRLO EN Y PARA LA VIDA DE IGLESIA

(Sábado: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

Conocer el significado de amar al Señor, amar al Señor Jesucristo en incorrupción y andar en amor y en luz

Lectura bíblica: Mr. 12:30; 1 Co. 2:9; 2 Ti. 4:8; Ef. 6:24; 5:1-14

I. Necesitamos conocer el significado de amar al Señor—Mr. 12:30; 1 Co. 2:9:

- A. Amar al Señor consiste en permitir que Él viva en nosotros y por nosotros, y en comprender que Él desea una morada a fin de que Él pueda ser expresado—Ef. 3:16-17.
- B. Nosotros creemos en el Señor a fin de recibirle, y amamos al Señor a fin de disfrutarle—Tit. 3:15.
- C. Amar al Señor equivale a detenernos de hacer cualquier cosa y a permitir que Él tome plena posesión de nuestro ser—Ef. 3:16-19; Gá. 4:19.
- D. La mejor manera de expresar nuestro amor hacia el Señor es decir: “Señor Jesús, me abro a Ti. Toma plena posesión de mí. Señor, te amo. Me presento a Ti. Estoy abierto a Ti. Poséeme más y más hasta que alcances cada parte de mi ser y hagas Tu hogar en mí”.
- E. Según 1 Corintios, a fin de amar al Señor, necesitamos tomarlo como nuestra porción para nuestro disfrute (1:2, 9; 5:7-8; 10:3-4), permitir que Él crezca en nosotros (3:6) y comprender que somos un solo espíritu con Él (6:17).
- F. Amamos al Señor al ser plenamente ocupados por Él y al amar Su manifestación—2 Ti. 4:8:
 - 1. Ser uno que ama a Dios equivale a ser plenamente ocupado, poseído y conquistado por Dios—Ef. 3:16-19; Gá. 4:19.
 - 2. Si amamos al Señor de esta manera, amaremos Su manifestación—2 Ti. 4:8:
 - a. Según lo dicho por Pablo, hay una corona guardada para aquellos que aman la manifestación del Señor—v. 8.
 - b. Si no amamos al Señor, Su venida será un asunto de juicio (1 Co. 16:22), pero si lo amamos a Él y Su manifestación, recibiremos un premio.

II. “La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo en incorrupción”—Ef. 6:24:

- A. Según el uso del término *incorruptible* en los escritos de Pablo, esta palabra se refiere principalmente a Dios y a las cosas de Dios; todo lo natural es corruptible, pero Dios, la vida divina y todo lo que está en resurrección son incorruptibles—1 Ti. 1:17; 2 Ti. 1:10; 1 Co. 15:42, 52-54.
- B. Amar a nuestro Señor Jesucristo en incorrupción significa amarlo en la nueva creación y según todas las cosas incorruptibles reveladas en Efesios:
 - 1. Necesitamos amar al Señor Jesús en el hecho de que Él es la corporificación del Dios Triuno (Col. 2:9); en el hecho de que Él es el elemento del Cuerpo

(1 Co. 12:12); en el hecho de que Él es la realidad, la gracia, el amor y la luz (Jn. 1:17; 8:12; 14:6, 27; 1 Jn. 4:8); y en el hecho de que Él es el constituyente del nuevo hombre (Ef. 2:15; Col. 3:10-11).

2. Todas estas cosas están relacionadas con lo que se revela y se enseña en Efesios, incluyendo el Dios Triuno, Cristo, y Su Cuerpo, la iglesia.
3. Efesios habla acerca de la impartición del Dios Triuno a fin de producir la iglesia (1:3-23; 3:16-21), acerca de lo que Cristo es y lo que ha hecho para la iglesia (1:7; 2:13-18; 5:25-27, 29) y acerca del hecho de que la iglesia es el Cuerpo de Cristo, es la novia de Cristo y es uno con Cristo en los lugares celestiales (1:22-23; 5:23, 25-27; 2:6).
4. Todos estos asuntos son incorruptibles, y necesitamos amar al Señor en estas cosas incorruptibles:
 - a. Si amamos al Señor Jesús en todas estas cosas, nuestro amor para con Él será incorruptible—6:24.
 - b. Tal amor no es un amor natural: es un amor en resurrección, el amor que Dios mismo es en Su esencia divina—1 Jn. 4:16.
- C. En el recobro del Señor, necesitamos amar a nuestro Señor Jesucristo en todas las cosas divinas, espirituales, celestiales e incorruptibles que se revelan en Efesios acerca del Dios Triuno, la vida divina, lo que Cristo es para nosotros, lo que Él ha hecho y la iglesia—1:3-23; 2:5-6, 13-18; 3:16-21; 4:4-6; 5:23, 25-27.

III. Cuanto más amamos al Señor en incorrupción, más nosotros, como hijos de Dios, andaremos en amor y luz—vs. 1-14:

- A. Por ser hijos de Dios, somos Dios-hombres que nacimos de Dios, poseemos la vida y la naturaleza de Dios y pertenecemos a la especie de Dios—v. 1; 1 Jn. 3:1; Jn. 1:12-13:
 1. Dios es nuestro Padre verdadero y genuino, y nosotros somos Sus hijos verdaderos y genuinos—1 Jn. 3:1; Ef. 5:1.
 2. La más grande maravilla en el universo es que seres humanos puedan ser engendrados de Dios, y que pecadores puedan ser hechos hijos de Dios—1 Jn. 3:1, 9; 4:7; 5:1, 4, 18; Jn. 1:12-13:
 - a. Puesto que hemos nacido de la vida divina y poseemos la vida divina, nosotros, los hijos de Dios, somos personas divinas—1 Jn. 5:11-13; 3:1, 10.
 - b. Por ser aquellos que hemos nacido de Dios, no sólo tenemos la vida divina, sino también la naturaleza divina—2 P. 1:4.
- B. Por ser hijos de Dios, deberíamos andar en amor y luz—Ef. 5:2, 8:
 1. El amor es la sustancia interior de Dios, y la luz es el elemento expresado de Dios—1 Jn. 4:8, 16; 1:5.
 2. Nuestro andar diario como hijos de Dios debería estar constituido de ambos elementos, la sustancia amorosa de Dios y el elemento iluminador de Dios; ésta debería ser la fuente interior de nuestro andar—Ef. 5:2, 8.
 3. “Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”—v. 2:
 - a. La meta del libro de Efesios es introducirnos en el amor, que es la sustancia interior de Dios para que disfrutemos Su presencia en la dulzura del amor divino, y así amemos a otros como Cristo lo hacía—v. 25:

- 1) En la condición y atmósfera de amor, somos saturados de Dios para ser santos y sin mancha delante de Él—1:4.
 - 2) El amor en el cual estamos arraigados para crecer y cimentados para ser edificados es el amor divino hecho real en nosotros y que experimentamos de forma práctica—3:17.
 - 3) El amor de Cristo, que es Cristo mismo, es inconmensurable y excede a todo conocimiento, pero aun así podemos conocerlo al experimentarlo—v. 19.
 - 4) El Cuerpo de Cristo se edifica a sí mismo en amor; el amor es el camino más excelente a fin de que seamos algo y hagamos algo para la edificación del Cuerpo de Cristo—4:16; 1 Co. 12:31.
- b. Por ser aquellos que hemos sido regenerados para llegar a ser la especie de Dios, nosotros, los hijos de Dios, deberíamos ser amor porque Dios es amor; puesto que llegamos a ser Dios en vida y en naturaleza, también deberíamos llegar a ser amor—1 Jn. 4:8, 16.
4. “En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz”—Ef. 5:8:
 - a. Como Dios es luz, así también nosotros, los hijos de Dios, somos los hijos de luz—1 Jn. 1:5; Ef. 5:8; Jn. 12:36.
 - b. Nosotros no solamente somos hijos de luz, sino que somos la luz misma; somos luz porque somos uno con Dios en el Señor—Mt. 5:14; 1 Jn. 1:5.
 - c. Cuando estamos en luz, estamos fuera de la esfera de lo correcto y lo incorrecto—v. 7.
 - d. Si andamos como hijos de luz, llevaremos el fruto descrito en Efesios 5:9:
 - 1) El fruto de la luz debe ser bueno en naturaleza, justo en procedimiento y real en expresión a fin de que Dios sea expresado como realidad de nuestro andar diario.
 - 2) El fruto de la luz en bondad, justicia y verdad está relacionado con el Dios Triuno:
 - a) Dios el Padre como bondad es la naturaleza del fruto de la luz; por tanto, la bondad mencionada en el versículo 9 se refiere a Dios el Padre—Mt. 19:17.
 - b) La justicia se refiere a Dios el Hijo, porque Cristo vino a cumplir el propósito de Dios conforme al procedimiento justo de Dios—Ro. 5:17-18, 21.
 - c) La verdad, que es la expresión del fruto de la luz, se refiere a Dios el Espíritu, porque Él es el Espíritu de realidad—Jn. 14:17; 16:13.
 - d) La evidencia de que andamos como hijos de luz se ve cuando llevamos tal fruto.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

AMAR AL SEÑOR ES NECESARIO PARA EL CRECIMIENTO EN VIDA

La manera por la cual crecemos en vida, que es la manera por la que el Señor crece en nuestro ser, es recobrar nuestro primer amor hacia el Señor. Este amor hacia el Señor es la condición básica de nuestro crecimiento en Él, quien es amor. Crecemos y disfrutamos al Señor al

amarlo a Él. Hay dos libros —El Cantar de los Cantares en el Antiguo Testamento y el Evangelio de Juan en el Nuevo Testamento— que nos muestran la manera de disfrutar al Señor como nuestra vida y de crecer en Él alamarlo a Él.

El Cantar de los Cantares revela que necesitamos tomar al Señor, en quien creemos, no sólo como nuestra vida, sino también como nuestra persona. Nacimos con nuestra vieja persona, pero necesitamos tomar a otro —Aquel a quien amamos— como nuestra persona. El amor es la única manera en que podemos tomar a alguien más como nuestra persona. Si no amamos a alguien, no desearemos pasar tiempo con él, mucho menos tomarlo como nuestra persona. El matrimonio significa que uno toma a alguien más como su persona. Un matrimonio involucra a dos personas, pero las dos llegan a ser una sola persona (Gn. 2:24; Mt. 19:5; Ef. 5:31). En una boda, la cabeza de la novia está cubierta por un velo, y sólo una cabeza es visible. En cualquier relación de dos personas hay problemas. Cuando una pareja casada es verdaderamente uno, ellos tienen paz y gozo en el Señor. Cuando ellos no son uno —cuando hay dos cabezas en su vida familiar— surgen la ira y los pleitos. Vivir acompañado de objetos resulta fácil, pero vivir con otra persona es difícil. Podemos vivir pacíficamente con otra persona sólo cuando la amamos verdaderamente. El amor es crucial para tomar a alguien más como nuestra persona.

El Señor nos ama todo el tiempo, y necesitamosamarlo a Él todo el tiempo para que espontáneamente podamos ser uno con Él. De esta manera, Él tendrá una abertura en cada parte de nuestro ser y una manera para crecer en nosotros. Algunos piensan que es difícil crecer en vida. De hecho, es imposible crecer en vida si no amamos al Señor.

Cuando vine a los Estados Unidos, descubrí que algunos americanos aman sus mascotas. Cuando visité el hogar de cierta familia, el padre me llevó a saludar a su hija. Me sorprendió ver que ella abrazaba a un perro. Me dijeron que ella incluso le permitía al perro dormir en su cama. Alguien que no ama a los perros no puede vivir con un perro, pero esa niña podía vivir en estrecho contacto con su perro porque lo amaba. Sin amor nada podemos hacer, pero con amor lo podemos hacer todo. Por ejemplo, una madre es capaz de cuidar a sus hijos pequeños porque ella los ama. Es difícil recibir de huésped a alguien a quien no amamos, pero es un gozo recibir a quienes amamos. Podemos cuidar de ellos sin sentir ninguna carga. La diferencia estriba en si tenemos amor o no. El amor es la clave. El amor nos capacita. No deberíamos decir que no podemos lograr nada en la vida cristiana. Si amamos al Señor, podemos aprender incluso las lecciones más difíciles.

EL SEÑOR ES EL ÚNICO A QUIEN HEMOS DE RECIBIR Y AMAR

Ni uno de los grandes filósofos en la historia, tales como Confucio o Platón, dijo a sus seguidores que lo amaran a Él y lo recibieran dentro de su ser. Ellos no estaban calificados para decir esto porque no eran dignos de ser amados ni podían ser recibidos. A causa de su sabiduría, ellos podían haber merecido el respeto y el honor de sus discípulos, pero ninguno de ellos era digno de amor. El Señor no exigió ni honor ni respeto por parte de Sus discípulos, pero Él a menudo animaba a las personas para que lo recibieran a Él al creer en Él (p. ej., Mr. 16:16; Jn. 1:12; 3:15; 7:38). Solamente el Señor es digno de ser recibido, y únicamente a Él podemos recibir en nuestro ser. Podemos recibirle interiormente como alimento, agua y aire (6:57; 7:37; 20:22). Además, después que resucitó Él se apareció a los discípulos y preguntó tres veces: “¿Me amas?” (21:15-17). El Señor es digno de nuestro amor. Él es totalmente precioso, lo cual lo hace digno de ser amado.

El Evangelio de Juan revela que Dios se hizo hombre a fin de presentarse al hombre (1:1, 14).

Como hombre, Él nos pidió hacer dos cosas: primero recibirlo a Él en nuestro ser al creer en Él y segundo amarlo a Él (v. 12; 14:21, 23; 21:15-17). Nosotros creemos en el Señor a fin de recibirle, y lo amamos a Él a fin de disfrutarle. Recibir y disfrutar no son la misma cosa. Recibimos el alimento cuando compramos los comestibles, pero debemos preparar y comer los alimentos a fin de disfrutarlos. Cada creyente ha recibido al Señor. Aunque ya le hemos recibido a Él, aun así necesitamos amarlo. Deberíamos decirle al Señor que lo amamos todos los días, por la mañana y por la noche. Está bien que oremos cada mañana: “Señor, todavía te amo. Te amo más hoy que ayer”. A lo largo del día, aunque no tengamos una carga de orar por algo en particular, a menudo deberíamos orar: “Señor Jesús, te amo. Aún te amo. Te amo más que nunca. Tú eres tan digno de ser amado”. Ninguna otra clase de oración nos avivará más como decirle al Señor que lo amamos. Después que el día ha pasado, cuando nos vamos a la cama, deberíamos decir: “Señor Jesús, ahora que el día ha pasado, te digo que todavía te amo. Te amo. Te amo más que cualquier cosa”. Cuanto más le digamos al Señor que lo amamos, más Él nos mostrará cuán precioso es Él hasta que comprendamos que Él es totalmente precioso.

Creer en el Señor y amarlo a Él son los dos requisitos básicos para participar en Sus riquezas. Primero debemos recibirlo a Él en nuestro ser, y luego amarlo a Él continuamente. Por esta razón, el apóstol Pablo dice: “La gracia de nuestro Señor sobreabundó con la fe y el amor que están en Cristo Jesús” (1 Ti. 1:14). La fe y el amor son como nuestras dos manos, que nos permiten abrazar, asir o sostener algo. Necesitamos ambas manos. Tenemos fe en el Señor, pero debemos considerar si nuestro amor hacia el Señor es adecuado. Tratar de disfrutar al Señor y tomarlo a Él como nuestra vida sin amarlo a Él es como tratar de trabajar o de sostener algo con una sola mano. Necesitamos creer en el Señor y amarlo continuamente a fin de recibirlo y disfrutarlo a Él.

El Cantar de los Cantares es una historia de amor que tipifica la relación que hay entre Cristo y Sus creyentes. Este libro comienza de esta manera: “¡Que me bese con los besos de Su boca! / Porque mejores son tus amores que el vino [...] / Tu nombre es como unguento derramado” (1:2-3). El versículo 4 dice: “Atráeme”. El Señor se revela a nosotros con el fin de atraernos. Una vez vemos Su belleza, seremos atraídos a Él. Ninguno puede resistirse ante Él cuando Él nos revela Su belleza. No es que nosotros podemos amar, sino que Él es totalmente una persona digna de ser amada. Tal vez hallemos que es imposible amar un objeto que es feo y sin valor, pero puede que de inmediato nos sintamos atraídos a un hermoso diamante y deseemos obtenerlo. Nos encantará el diamante no debido a nuestra capacidad de amar, sino porque el diamante es digno de ser amado.

Necesitamos ver a Cristo a fin de ser atraídos a Él y amarle absolutamente a Él. Su belleza nos será revelada si le pedimos a Él en oración que se revele a nosotros. Si deseamos que el Señor crezca en nosotros, necesitamos cederle a Él más terreno, más cabida, en nosotros. La manera de hacer esto es venir a Él en cualquier momento y en cualquier lugar, y orar: “Señor Jesús, te amo. Muéstrame Tu preciosidad. Revélate a mí a fin de ser atraído por Tu belleza”. Si oramos de esta manera, el Señor contestará nuestra oración, y nuestro amor hacia Él será avivado.

**EL SEÑOR NO REQUIERE QUE HAGAMOS COSAS PARA ÉL,
SINO QUE SÓLO DESEA QUE LO TOMEMOS A ÉL COMO NUESTRA PERSONA**

No deberíamos pensar que si amamos al Señor, debemos hacer algo para Él. Tratar de hacer algo para el Señor podría apagar nuestro amor hacia Él. En vez de tratar de hacer cosas para el Señor, simplemente necesitamos amarlo a Él y tomarlo como nuestra persona. El Señor ha venido a morar en nosotros y está esperando, no que hagamos algo por Él, sino que le

demos la oportunidad de vivir por nosotros. Él sólo desea que le digamos: “Señor Jesús, Me presento ante Ti. Soy un vaso vacío. Lléname y exprésate a través de mi vivir”. Esto lo hace feliz.

Una esposa que ama a su esposo puede hacer muchas cosas para Él que a él no le agradan. Aunque el amor de ella le complace, él preferiría que en lugar de hacer tantas cosas para él, ella lo tome como su persona. Tomar a alguien más como nuestra persona equivale a ser crucificado. Aunque amemos a alguien y estemos dispuestos a hacer muchas cosas por él, tal vez no queramos tomarlo como nuestra persona, porque esto requiere que seamos puestos a muerte.

Si le decimos al Señor que debido a que lo amamos, queremos hacer muchas cosas para Él, Él nos dirá: “Olvídense de eso. No hagan nada. Yo puedo lograr cualquier cosa simplemente al hablar. No necesito que me ayuden. Lo que necesito es que me tomen como su persona. Cédanme terreno en su ser. Dejen que conquiste todo su ser a fin de que Yo pueda vivir en ustedes, por ustedes y expresarme por medio suyo”. Ésta es la manera de permitir que el Señor crezca en nosotros como vida. Tomar a Cristo como nuestra persona es muy difícil, pero el amor lo hace todo fácil.

No deberíamos dejarnos distraer por concepciones erróneas, pensando que si amamos al Señor, tenemos que hacer cosas para Él. Necesitamos renunciar a nuestro hacer y simplemente decirle al Señor: “Me entrego a Ti y te tomo como mi persona, cediéndote todo terreno dentro de mi ser. Cada parte de mi ser interior está abierta a Ti. Señor, conquístame, y vive en mí y por mí. No puedo hacer nada para Ti, pero Tú puedes hacerlo todo en mí a fin de cumplir Tu propósito. Señor, te doy la oportunidad, el tiempo y el lugar en mi ser para que vivas en mí a fin de que cumplas Tu propósito”. Si oramos genuinamente de esta manera, nuestro vivir cambiará.

Nuestro problema consiste en que no amamos al Señor lo suficiente o que le amamos y estamos ocupados tratando de hacer cosas para Él. Marta tenía este último problema. Ella amaba al Señor, pero estaba ocupada haciendo muchas cosas para servirle a Él y pensó que ella era la mejor. Lucas 10:38-42 dice: “Entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Ésta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies del Señor, escuchaba Su palabra. Pero Marta era llevada de acá para allá con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que también haga su parte. Respondiendo el Señor, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas, pero sólo una cosa es necesaria. María, pues, ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada”. El Señor no quiere que hagamos nada excepto amarlo a Él y cederle terreno en nosotros para que Él pueda vivir en nosotros, por nosotros y expresarse por medio nuestro.

Si nuestro amor por el Señor se ha enfriado, necesitamos avivarnos. No obstante, después que somos avivados, el enemigo insidioso podría decirnos: “Cuando no amabas al Señor, eras muy descuidado en muchas cosas. Ahora que amas al Señor, necesitas hacer algo para Él”. Si acogemos este pensamiento, caeremos en una trampa y seremos atrapados. Necesitamos decirle al enemigo: “Satanás, tú eres un mentiroso. El Señor no necesita que haga nada para Él. Él lo puede hacer todo en mí. Aléjate de mí”. Cuando Satanás nos tienta a hacer cosas para el Señor, no sólo deberíamos rechazar este pensamiento, sino también estar abiertos al Señor y orar: “Estoy ampliamente abierto a Ti, Señor. Tú ya te has introducido en mí, pero necesito que te introduzcas más en mí a fin de que ocupes mi mente, parte emotiva y voluntad por completo. Señor, posee cada parte de mi ser”. Si oramos de esta manera, el Señor crecerá en nosotros.

NO PERDER NUESTRO PRIMER AMOR HACIA EL SEÑOR NI VOLVERNOS TIBIOS

No deberíamos fabricar excusas por no amar al Señor. Ninguna de nuestras excusas será válida. No importa cuál sea nuestra situación, necesitamos decir: “Señor Jesús, te amo”. Cualquiera clase de persona que contacte al Señor en oración, será atraída por Él. El Señor es real, viviente y paciente. Ya sea que acudamos a Él de manera positiva o de manera negativa, Él nos recibirá y se revelará a nosotros hasta que no podamos hacer otra cosa que amarlo.

En las siete epístolas de Apocalipsis 2—3, el primer problema que el Señor les indicó a las iglesias fue la pérdida del primer amor. La iglesia en Éfeso estaba firme en la fe y en las buenas obras y tenía el conocimiento para distinguir quienes eran los falsos apóstoles (2:2). No obstante, el Señor le dijo: “Tengo contra ti que has dejado tu primer amor” (v. 4). La primera causa de la degradación en las siete epístolas de Apocalipsis es la pérdida del primer amor. En la última epístola vemos el efecto producido por la pérdida del primer amor, el cual es la tibieza (3:16). Si perdemos nuestro primer amor hacia el Señor, inevitablemente nos volvemos tibios, esto es, no caliente ni frío. Esto representa un gran peligro que una iglesia local pierda gradual e inconscientemente su primer amor hacia el Señor y, como resultado de ello, llegue a estar llena de tibieza. Sin tener nuestro primer amor hacia el Señor, rápidamente nos volvemos tibios, pues perdemos el frescor, la novedad y el impacto viviente.

Si somos tibios, no somos fríos, porque podemos seguir asistiendo a las reuniones; aun así en las reuniones nuestro espíritu no es ardiente. Venir a la reunión con la única esperanza de oír el buen hablar de otros equivale a ser tibios. El Señor dijo que estaba por vomitar a los tibios de Su boca (v. 16). Ser vomitado de la boca del Señor significa ser rechazado por Él y perder el gozo de todo lo que Él es para Su iglesia. Necesitamos orar: “Señor, sálvame de perder mi primer amor hacia Ti y volverme tibio. Señor, recobra mi primer amor hacia Ti. Aviva mi ser interior y arde en mi espíritu para que yo pueda amarte más”. Si oramos de esta manera, el Señor ganará terreno en nosotros, y lo que veamos en la Palabra será una verdadera ayuda para nosotros. De lo contrario, será meramente un conocimiento sobre las letras impresas, y no nos ayudará a crecer en vida.

EXPRESAR NUESTRO AMOR HACIA EL SEÑOR AL PERMITIRLE QUE HAGA SU HOGAR EN NOSOTROS

No es fácil saber cómo expresar nuestro amor hacia el Señor de manera práctica. Muchos cristianos piensan que amar al Señor es darle todo cuanto tenemos a Él y hacer Su voluntad, incluso darle nuestra vida para Su propósito. De hecho, todo lo que tenemos carece de valor. En Filipenses 3:8 el apóstol Pablo dijo que él estimaba todo lo que tenía como basura. El Señor no desea que le demos nuestra basura. Tal vez tenemos el deseo de hacer algo por el Señor porque lo amamos, pero yo puedo decir con base en muchos años de experiencia que no podemos hacer nada por el Señor. Cuanto más sigamos adelante con el Señor, más comprenderemos que no podemos hacer nada porque nada somos.

Necesitamos ver la manera de expresar nuestro amor por el Señor. En Juan 14:21 el Señor dijo: “El que tiene Mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por Mi Padre, y Yo le amaré, y me manifestaré a él”. En el versículo 23 Él dijo: “El que me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él”. El Señor no quiere que hagamos nada para Él. Necesitamos detenernos. Lo que Él quiere es manifestarse a nosotros y hacer Su morada con nosotros. Una gran tragedia está sucediendo en la tierra. Todos están ocupados haciendo cosas, pero Dios está sin hogar. La gente mundana y la gente pecaminosa están ocupados en ciertas cosas, y los cristianos

también están ocupados. Todos están completamente ocupados, pero el Señor no tiene un lugar donde reposar. El Señor está en nuestro interior, pero quizás Él no tenga la oportunidad de actuar libremente en nuestro ser, a fin de hacer Su hogar en nosotros.

La mejor manera de expresar nuestro amor hacia el Señor es decir: “Señor Jesús, me abro a Ti. Toma plena posesión de mí”. En vez de que necesitemos hacer algo para Él, el Señor necesita que seamos Su morada a fin de expresarle a Él. Él quiere que estemos abiertos a Él para que pueda hacer Su hogar en nuestro corazón. A fin de expresar apropiadamente nuestro amor hacia el Señor, debemos detener cualquier acción basada en buenas intenciones, tales como ser un cónyuge apropiado o conducir a muchas personas a la salvación. Deberíamos orar: “Señor, te amo y abro mi ser a Ti. Detendré mis acciones. Todo lo que puedo hacer es pedirte que intervengas y asumas el control. Ocúpame, poséeme, satúrame e imprégname. Toma cada oportunidad para ganar más terreno en mí. Señor, no haré nada en mí mismo. Haz lo que quieras hacer en mí y por medio de mí. Si llevo o no llevo algo a cabo, no será idea mía sino absolutamente una decisión Tuya. Te ruego que vivas en mí, por mí y te expreses por medio de mí”.

Gálatas 2:20 dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Debemos detener todo lo que hacemos, a fin de que ya no vivamos nosotros. Hemos sido crucificados, y una persona crucificada no puede hacer nada. No sólo deberíamos dejar de hacer maldades, sino que también deberíamos dejar de hacer buenas cosas en nosotros mismos. Si hacemos cualquier cosa, eso significa que no estamos crucificados. La manera de amar al Señor no consiste en tratar de hacer algo, sino simplemente decir: “Señor, te amo. Me presento ante Ti. Estoy abierto a Ti. Toma posesión de mí cada vez más hasta alcanzar cada parte de mi ser y hacer Tu hogar en mí”.

AMAR AL SEÑOR AL DISFRUTARLE COMO NUESTRA PORCIÓN, PERMITIR QUE ÉL CREZCA EN NOSOTROS Y SER UN SOLO ESPÍRITU CON ÉL

En 1 Corintios 16:22 se nos dice: “El que no ame al Señor, quede bajo maldición. ¡El Señor viene!”. La inminencia de la segunda venida del Señor es una advertencia para aquellos que no aman al Señor. Ésta es parte de la palabra de conclusión de 1 Corintios. Los creyentes corintios cometieron un gran error al no preocuparse por amar al Señor. En vez de ello, se preocupaban por sus propios deseos. Amaban ciertas cosas espirituales, como los dones, y tenían muchas cosas buenas, pero ellos no amaban al Señor. Por consiguiente, Pablo les advirtió en la conclusión del libro que amaran al Señor. No importaba que ellos hablaran en lenguas y tuvieran muchas cosas espirituales, si ellos no amaban al Señor, quedarían bajo maldición.

En 1 Corintios se nos revela cómo amar al Señor. En esta Epístola el apóstol Pablo no nos dice que hagamos muchas cosas, tales como ir al campo misionero o darle todo cuanto tenemos al Señor. Según 1 Corintios, a fin de amar al Señor, primero necesitamos tomarlo como nuestra porción para nuestro disfrute (1:2, 9; 5:7-8; 10:3-4). Necesitamos decir: “Señor, Tú eres mi porción. Te puedo comer y beber. Tú eres mi disfrute”. Segundo, amar al Señor es permitir que Él crezca en nosotros (3:6). No sólo necesitamos disfrutarlo a Él, sino también dejar que Él aumente de continuo en nuestro ser. Tercero, a fin de amar al Señor, necesitamos darnos cuenta de que somos un solo espíritu con Él (6:17). En lugar de hacer cosas para el Señor, tales como ejercitar los dones espirituales o ir al campo misionero, principalmente necesitamos orar: “Señor, Tú eres mi disfrute, Tú estás creciendo en mi ser, y Tú y yo somos un solo espíritu. En cada aspecto de mi vida diaria disfruto que soy uno contigo en mi espíritu”. En esto consiste amar al Señor.

AMAR AL SEÑOR AL ESTAR COMPLETAMENTE OCUPADO POR ÉL Y AMAR SU MANIFESTACIÓN

En 2 Timoteo Pablo dice: “En los postreros días vendrán tiempos difíciles. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, amadores del dinero [...] amadores de los deleites más que de Dios” (3:1-2, 4). Ser amador del dinero es estar completamente ocupado, poseído y conquistado por el dinero, incluso soñando sobre el dinero. Asimismo, ser amador de Dios es estar completamente ocupado, poseído y conquistado por Dios. En los Estados Unidos la gente tiene muchos placeres, tales como los deportes y otras diversiones. Un amador del deporte está completamente ocupado por los deportes. Amar al Señor equivale a estar completamente ocupado por Él. Aun en nuestros sueños deberíamos decir: “Señor Jesús, te amo”.

Amar al Señor no es hacer cosas buenas ni siquiera cosas espirituales. Antes bien, amar al Señor consiste en detenernos, en no hacer nada, y en dejar que el Señor tome plena posesión de nuestro ser. Necesitamos orar: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí. Señor, vive en mí y vive por mí. Me arrepiento que por muchos años no te he dado la oportunidad de vivir en mí y por mí. Ahora veo que necesito amarte a Ti, entregarme a Ti y dejar que tengas todo el terreno en mí así como una vía libre para vivir en mí y por mí”.

Si amamos al Señor de esta manera, amaremos Su manifestación, la cual es Su venida. Pablo dice: “Desde ahora me está guardada la corona de justicia, con la cual me recompensará el Señor, Juez justo, en aquel día, y no sólo a mí, sino también a todos los que hayan amado Su manifestación” (4:8). Deberíamos orar: “Señor, aunque te he dado una vía libre para que vivas en mí y por mí, sigo añorando Tu manifestación externa. ¡Ven pronto, Señor Jesús!”. Según la palabra de Pablo, a los que aman la manifestación del Señor les está guardada una corona. Si no amamos al Señor, Su venida será un asunto de juicio (1 Co. 16:22), pero si lo amamos a Él y a Su manifestación, recibiremos un premio.

Necesitamos ver que amar al Señor consiste en permitir que Él viva en nosotros y por nosotros. Él desea obtener una morada y un vaso de modo que Él pueda ser expresado. Si amamos sinceramente al Señor, necesitamos decir: “Señor Jesús, me detengo de hacer todo lo que hago y te doy una vía libre para que vivas en mí y por mí”. (*The Collected Works of Witness Lee, 1973-1974, t. 2, págs. 445-453*)